

Un cumpleaños merecido: el centenario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

José María López Sánchez
Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CSIC)

El sostenido crecimiento de la historiografía española en las últimas décadas ha estado salpicado aquí y allí por distintos aniversarios, centenarios y celebraciones varias de efemérides e instituciones históricas de nuestro pasado. La mayor parte de ellos han servido de soporte a ejercicios histórico-memorísticos con mayor o menor fortuna y es precisamente en este contexto donde se pueden encuadrar los esfuerzos de los últimos años por poner de manifiesto la relevancia histórica de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE). La peculiaridad del caso, quizá una más entre otras, es que se trata de un centenario de largo recorrido. A diferencia de lo que suele ocurrir con esta clase de festejos, parece haber habido un consenso sobre el hecho de que no bastaba con celebrar la fecha simbólica de los cien años de su fundación en el 2007 sino que, y pensamos que con buen criterio, el plazo se ha prolongado hasta el presente año 2010. De esta forma se entiende, como así ocurrió, que no fue hasta 1910 cuando se produjo el verdadero despegue institucional y científico de la Junta. Fue entonces cuando sus organismos más significativos, si exceptuamos acaso el Instituto-Escuela, fueron fundados y pudieron ponerse las bases de una nueva política científico-pedagógica en España.

Aun a riesgo de parecer cándidos, partimos de la idea de que es saludable para una sociedad como la española afrontar los retos de rememorar y analizar los episodios de su pasado e integrarlos en

el acervo común de su historia. Si no se cae en una estéril ideologización de los mismos y aunque en ocasiones hayan pecado de diti-rámicos, los faustos conmemorativos de las últimas décadas deberían contribuir de manera positiva a un mejor conocimiento de nuestro pasado. En verdad hay que reconocer que la madurez de un bagaje historiográfico no debe medirse exclusivamente por su capacidad para organizar actos y festejos conmemorativos, sino por su fortaleza a la hora de alumbrar, antes y después de los aniversarios, las áreas oscuras del conocimiento histórico. El caso que nos ocupa, el de la Junta para Ampliación de Estudios, comparte afortunadamente buena parte de estas últimas directrices. Desde ningún sector se ha puesto en tela de juicio la idoneidad del homenaje a la JAE, un organismo cuya significación histórica se ha ido haciendo cada vez más evidente conforme conocemos más de ella y de su actuación. A falta de que todavía podamos hacer balance de las actividades del 2010, la serie de congresos, publicaciones, conferencias y demás citas conmemorativas celebradas en el 2007 fueron una muestra notable de la relevancia institucional que alcanzó el centenario de la JAE y ocasión para lanzar a la palestra historiográfica nuevos trabajos que nos ayudan a comprender el origen y desarrollo de una institución con tan profundo calado en la historia contemporánea de España. El mejor y más optimista resumen que podemos hacer de los progresos realizados por la historiografía que se ha ocupado de la JAE en los últimos años es que, tras la avalancha de trabajos aparecidos en torno a su centenario, podemos asegurar sin miedo a equivocarnos que tenemos un mejor conocimiento de lo que aquella institución fue y representó.

En ello ha desempeñado un papel importante el actual Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Centros como la Residencia de Estudiantes o departamentos como el Servicio de Publicaciones y el Instituto de Historia del actual Centro de Ciencias Humanas y Sociales han contribuido de manera decisiva a intensificar los trabajos divulgativos o de investigación sobre la Junta para Ampliación de Estudios. No es que hasta entonces la historiografía hubiese ignorado a la JAE, pero sí es cierto que llegaba a su aniversario sin que conociéramos todavía muchos aspectos importantes del desarrollo institucional y científico de la Junta. Los trabajos clásicos de Laporta, Ruiz Miguel, Zapatero y Solana (1980), encargado por la Fundación Juan March y que ha permanecido además par-

cialmente inédito salvo por dos extensos artículos en *Arbor* (1987), o el volumen coordinado por José Manuel Sánchez Ron con motivo de un congreso celebrado para conmemorar los ochenta años de la JAE fueron y todavía son referencia obligada en las investigaciones sobre la Junta. Desde entonces se asomaron puntual y parcialmente al tema una pléyade de autores que se dedicaron a estudiar aspectos concretos relacionados con las actividades de la Junta. Las líneas exploradas por estos estudios podían concretarse, a grandes rasgos, en el siguiente esquema: los trabajos que centraron su atención en la política de pensiones de la JAE; las monografías dedicadas a la labor pedagógica de un organismo que creó tanto la Residencia de Estudiantes y de Señoritas como el Instituto-Escuela de Madrid; las biografías de protagonistas de la Junta (el caso más paradigmático ha sido el de su secretario, José Castillejo), y, finalmente, las aproximaciones a aspectos parciales relacionados con la labor científica de los laboratorios y los centros de investigación de la JAE. En este último caso han sido abrumadoras las investigaciones dedicadas al desarrollo de la biología y la biomedicina (Cajal y su escuela), seguidas de otras aportaciones menos numerosas, pero que han esclarecido bastante el panorama de las ciencias físico-químicas, las matemáticas y las disciplinas naturales en la España del primer tercio del siglo xx.

En definitiva, se aproximaba el centenario de una institución sobre la que, a pesar de lo señalado en las líneas anteriores, no existía correspondencia entre el grado de conocimiento histórico sobre la misma y su relevancia en la historia de España. La Junta para Ampliación de Estudios había sostenido toda una serie de centros en torno a los cuales había gravitado la flor y nata del pensamiento, la cultura y la ciencia española de la llamada Edad de Plata de la cultura española. Este aspecto era y es, sin embargo, mucho más profundo de lo que hasta ese momento había escarbado la historiografía. En este sentido, el año 2007 es la fecha simbólica para la aparición de nuevos trabajos que, aparte de ahondar en temas ya conocidos, han puesto sobre el tapete historiográfico cuestiones que estaban mal o muy parcialmente exploradas.

Uno de los espacios temáticos que quizá más necesitaba provocar la atención de los historiadores era el de los institutos de investigación científica fundados por la Junta. Ni el Centro de Estudios Históricos ni el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales con-

taban con monografías individuales que hubiesen abordado desde una perspectiva de conjunto su desarrollo institucional. La mayor parte de las investigaciones habían tratado, y sólo parcialmente, el desarrollo individual de las disciplinas científicas en la España del primer tercio del siglo xx. En 2002 se publicaba un libro conjunto entre el CSIC y la Universidad de Puerto Rico sobre las relaciones científicas establecidas por el Centro de Estudios Históricos y el centro universitario en Río Piedras (Puerto Rico). *Los lazos de la cultura*, que éste era el título, coordinado por Consuelo Naranjo, Miguel Ángel Puig-Samper y María Dolores Luque, es la primera investigación que nos presentaba la red tejida por la JAE, en concreto por el Centro de Estudios Históricos con Ramón Menéndez Pidal al frente, y América Latina, en este caso con Puerto Rico. En 2006 aparecía *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*, un libro fruto de una tesis doctoral que aspiraba a llenar algunos huecos en el terreno de las ciencias humanas. La labor del Centro de Estudios Históricos ha sido explorada, desde entonces, por trabajos parciales de gran valor historiográfico. Destaca, sin duda, un magnífico estudio publicado en el año 2008 sobre el americanismo del Centro y que acabó dando lugar a una edición facsímil de la revista *Tierra Firme*, precedida por un extraordinario estudio introductorio de Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio. Junto al americanismo, el arabismo ha sido objeto del más reciente trabajo de rescate histórico. Acaba de publicar, en el año 2009, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas *Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios*, un enjundioso libro realizado por Manuela Marín, Cristina de la Puente, Fernando Rodríguez Mediano y Juan Ignacio Pérez Alcalde. Las cartas son el hilo conductor de una obra que cuenta con una buena introducción histórica que nos acerca al significado que los estudios arabistas habían tenido en España hasta la fundación del Centro de Estudios Históricos y las peripecias que aquéllos vivieron dentro y fuera del mismo hasta después de la Guerra Civil.

Con todo, no ha sido el Centro de Estudios Históricos el único organismo de la JAE que ha merecido la atención de los especialistas. Otra de las instituciones creadas por la Junta y que ha merecido nuevos trabajos de investigación ha sido el Instituto-Escuela, para el que encontramos un reciente estudio de Encarnación Martínez Alfaro, editado por Biblioteca Nueva en el 2009 y titulado *Un labo-*

ratorio pedagógico de la Junta para Ampliación de Estudios: el Instituto-Escuela, sección Retiro de Madrid. Este libro aporta una visión novedosa, la de contemplar este centro como un laboratorio pedagógico, y renueva el clásico trabajo de Luis Palacios Bañuelos, escrito en 1988. También muy reciente, aunque dedicado al Instituto Nacional de Física y Química, es el volumen coordinado por Carlos González Ibáñez y Antonio Santamaría García titulado *Física y Química en la Colina de los Chopos*. Se trata de un homenaje al edificio Rockefeller tras setenta y cinco años de investigación desde su fundación en 1932 bajo el auspicio de la JAE y su posterior incorporación al CSIC.

Pero fue el año en que la Junta apagó las velas de su centésimo cumpleaños el momento propicio para que aparecieran los trabajos más ambiciosos. Dos volúmenes coeditados por el CSIC y otras sociedades e instituciones culturales destacan sobremanera a la hora de presentarnos visiones de conjunto sobre la historia de la Junta para Ampliación de Estudios. El primero es un ingente trabajo cuya coordinación científica correspondió a Miguel Ángel Puig-Samper, titulado *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, 100 años de ciencia en España*. Se trata de un libro que recopila con excelente criterio una amplísima nómina de especialistas en los diferentes protagonistas, instituciones y políticas científico-pedagógicas de la JAE, pero que además tiene una virtud añadida, a saber, conectar con el presente y con los orígenes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es este último, el de los orígenes del CSIC, un tema aún bastante inexplorado, casi virgen, del que *Tiempos de investigación* ofrece posibles líneas de desarrollo. El resultado final es un sobresaliente recorrido por la política científica en España durante el siglo XX. La otra gran monografía colectiva sobre la JAE es *El Laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1907-1939*, coordinado por José Manuel Sánchez Ron y Antonio Lafuente. En este caso estamos ante un proyecto restringido cronológicamente a los años de vida de la Junta. La obra es el resultado final de un congreso y una exposición celebrada en la Residencia de Estudiantes sobre la JAE y está volcada en poner de manifiesto el proyecto de modernización que la Junta representó para España, a través de una acción práctica consistente en potenciar la investigación, la educación y la cultura. Si en *Tiempos de investigación* las colaboraciones tienen un carácter

más bien breve, a medio camino entre investigación y divulgación, en *El Laboratorio de España* se buscó potenciar reflexiones más generales sobre los principales aspectos que marcaron la vida institucional y científica de la Junta. En resumen, dos libros llamados a ser visita obligada para quienes continúen trabajando en cualquiera de los temas que afectan a la Junta para Ampliación de Estudios.

Ahora bien, la eclosión historiográfica que ha experimentado el estudio de la Junta para Ampliación de Estudios no se entendería sin detenernos en los números monográficos reservados a la JAE en algunas revistas científicas. Como ocurrió en el caso anterior, el de los volúmenes coordinados, han sido las publicaciones periódicas del CSIC las que han hecho las apuestas más valientes. Destaca por la originalidad del tema elegido el volumen coordinado por Consuelo Naranjo Orovio en *Revista de Indias* (núm. 239, 2007) y dedicado a la memoria, la política y la acción cultural de la Junta en América Latina, un escenario en el que la JAE se prodigó con regularidad. Consuelo Naranjo, que junto a Miguel Ángel Puig-Samper y María Dolores Luque había editado el volumen ya mencionado sobre relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos y la Universidad de Puerto Rico, fue capaz de reunir a un grupo de investigadores que nos transportan a diferentes escenarios americanos donde se rastrea la acción cultural de la Junta y nos anticipan los caminos que sirvieron de redes y lazos a los exiliados republicanos tras la Guerra Civil, aquella *JAE peregrina* como la definió Francisco Javier Dosil en este mismo monográfico. Igualmente productivo fue el dossier coordinado por José Luis Peset y Rafael Huertas en *Asclepio* (vol. LIX/2, 2007), dedicado al centenario de la JAE, y en el que cobran protagonismo los laboratorios científicos de la Junta. En él se repasa la trayectoria de las neurociencias, la genética, la psicología, la fisiología, la evolución humana y hasta la fonética experimental en los institutos de investigación sostenidos por la Junta.

Fuera del ámbito institucional del CSIC es posible encontrar también otros monográficos de revistas dedicados al centenario de la Junta para Ampliación de Estudios. En 2006 dedicaba el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* dos números de su serie a un centenario en el que se abordaron temas muy variados, pero cuyo hilo conductor lo constituyó el papel desempeñado por la JAE en los proyectos de modernización del país (política científica, pensiones, la en-

señanza de la mujer, instituciones pedagógicas y ciencias biomédicas, entre otros). Dotado de un tono más clásico, pero repaso sobresaliente del significado de la Junta, es el número 14 de *Circunstancia*, la revista de ciencias sociales de la Fundación José Ortega y Gasset, coordinado por Javier Zamora Bonilla en septiembre de 2007.

Qué duda cabe, en cualquier caso, que dentro de este panorama historiográfico que venimos reseñando lo más satisfactorio es siempre poder constatar la ampliación del espacio temático asociado a la Junta para Ampliación de Estudios. El interés radica no tanto en que los temas más cercanos a la misma hayan sido, como acabamos de ver, objeto de nuevas investigaciones, sino que hay también historiadores que han sido capaces de mostrarnos otras facetas asociadas al papel que le tocó desempeñar a la Junta en procesos históricos de recorrido más amplio o no directamente relacionados con ella, aunque sí próximos a la misma. Éste es el caso, por ejemplo, de un reciente libro de Álvaro Ribagorda (2009) titulado *Caminos de la modernidad. Espacios e instituciones culturales de la Edad de Plata (1898-1936)*, en el que los laboratorios y centros de la Junta son tratados, junto a otros organismos culturales de Madrid, como epicentros por los que se «cuela» la modernidad. Ahora bien, uno de los trabajos historiográficos que, en los últimos años, ha contribuido más a esclarecer nuevos episodios de la historia de la ciencia en España ha sido, sin duda, el libro dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal (2006) y cuyo título casi nos ahorraría todo comentario, *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*. Otero Carvajal logró reunir un equipo de investigación que llevó a cabo un concienzudo y detallado trabajo sobre lo que significó el proceso depurador del cuerpo docente universitario de la Universidad Central de Madrid durante la posguerra. Este libro deja pocas dudas acerca del hecho de que las bases ideológicas y jurídicas que justificaron la depuración se constituyeron sobre un maniqueísmo en el que la Junta para Ampliación de Estudios fue estigmatizada como enemigo de los postulados esenciales sobre los que las nuevas autoridades académicas del franquismo iban a construir el sistema científico español de la posguerra.

Finalmente, y a la espera de ver qué nos depara el 2010, la última gran joya historiográfica que nos abre las puertas a temas tan gentes a la JAE y nos hace ver que la Junta fueron sus centros, pero también algo más, es el libro de Juan Mainer Baqué titulado

La forja de un campo profesional. Pedagogía y Didáctica de las Ciencias Sociales en España (1900-1970), editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 2009. Estamos ante un trabajo exhaustivo en el que al autor se le han escapado muy pocos o ningún detalle en relación con su tema de investigación. Éste nos adentra en los apasionantes mecanismos que contribuyeron a la formación de un campo profesional y académico todavía hoy en construcción, el de la Didáctica de las Ciencias Sociales. A través de autores, obras, textos, documentos, lugares y demás agentes que interactúan en la conformación de un saber-poder nos vamos adentrando poco a poco en las relaciones que fueron dotando de vida y significado al *enseñar a enseñar*, que es como el autor sintetiza el objetivo principal de la Didáctica. Desde posicionamientos historiográficos comprometidos con el pensamiento crítico de Foucault, Bourdieu y la sociología o historia social marxista, Juan Mainer desentraña la constitución de una profesión y de los elementos discursivos que la forjaron. El autor centra su atención fundamentalmente en la Didáctica de la Geografía y la Historia y, para el caso que aquí nos ocupa, nos desvela el papel desempeñado por la Junta para Ampliación de Estudios a través de sus corporaciones más importantes en este proceso (el Centro de Estudios Históricos, el Instituto-Escuela y la política de pensiones). Su autor se enfoca, sobre todo, en su papel como agencia productora de una tradición discursiva que trató de protagonizar la Transición desde un modo de educación tradicional-elitista a otro modo de educación tecnocrático de masas capaz de responder a las demandas de una sociedad en transición y transformación como la española del primer tercio del siglo XX.

El libro de Juan Mainer es esto y mucho más, pues el autor tiene también en cuenta el papel desempeñado por la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, al lado de la JAE, como agencia participante en la invención de una tradición. Esta última, la tradición, se construye fundamentalmente a través de la palabra escrita, es decir, por medio de los textos que fundamentaron la teórica justificativa de la Didáctica de las Ciencias Sociales, pero también aquellos otros que perseguían ser guías de una profesionalización de la enseñanza, de documentos que contribuyeron a crear dicha necesidad y a legitimar la profesión, de textos que contemplaban la didáctica como una tecnología aplicada y, finalmente, los

manuales para la enseñanza de la Geografía y la Historia en las aulas españolas. Mainer se detiene a analizar un momento clave en ese proceso de transición, los años de la Segunda República. Los planes del Estado republicano buscaban perfeccionar la labor docente de los maestros de primaria y secundaria, pero la investigación llevada a cabo por el autor muestra también que terminó siendo más un remozamiento que una transformación definitiva de la pedagogía didáctica a través de un modelo de intervención estatal en la formación del profesorado. El autor conduce al lector por los vericuetos que transitó el acelerado proceso de institucionalización, a partir de 1931, de la pedagogía en las ciencias sociales. El gobierno republicano trató de implementar en todos los niveles, desde la cátedra y la enseñanza universitaria hasta los cursos y seminarios para maestros de primaria y secundaria, los mimbres de una profesionalización de la enseñanza de la Geografía y la Historia. Mainer nos muestra cómo afectó y cómo concurrieron en este proceso los distintos cuerpos docentes españoles: el profesorado normalista, los inspectores de primera enseñanza, los catedráticos de Bachillerato y Universidad y, finalmente, los maestros de primera enseñanza y directores de escuelas graduadas.

La última parte del libro explica, en palabras del autor, «la forma en que se desarrollaron y coronaron las condiciones que hicieron posible el despliegue del campo profesional de las didácticas especiales en el más amplio escenario de la gestación del modo de educación tecnocrático de masas». Éste fue el contexto en el que la masificación escolar y la necesidad de reconocer social e institucionalmente a una nueva corporación de especialistas dio lugar a una etapa preconstituyente del campo profesional de la Didáctica en Ciencias Sociales. Este proceso sobrevino de forma acelerada en los años sesenta y se oficializó con la Ley General de Educación de 1970. No obstante, la tesis más atrevida de Juan Mainer y la que otorga a este libro la categoría de parte aguas en su temática disciplinaria es la de demostrar que en el campo de la pedagogía no hubo durante el franquismo, ni siquiera en el de la inmediata posguerra, un cisma completo con la tradición liberal anterior. En este sentido, Juan Mainer parece seguir un razonamiento histórico devoto del expuesto por Jordi Gracia en sus trabajos sobre la configuración del mundo intelectual del franquismo y el progresivo resurgir de una cultura liberal que sobrevivió los momentos más duros

de la primera posguerra con tenue intensidad, pero que nunca permaneció inactiva y fue poco a poco recuperando terreno.

En definitiva, y a pesar de algún pequeño desliz sin mayor importancia como es el confundir a Cándido Bolívar con su padre Ignacio Bolívar en la dirección del Museo Nacional de Ciencias Naturales (página 454), el trabajo de Juan Mainer constituye un excelente ejemplo de por dónde ha de caminar la historiografía que en el futuro se enfrente a los retos que aún quedan por desentrañar en la historia y configuración de la Junta para Ampliación de Estudios. Es cierto que el año 2010 promete rellenar con nuevos trabajos algunos espacios en blanco que ofrece la historia de la JAE. En este sentido es casi segura la aparición de nuevas monografías sobre la Residencia de Estudiantes, a raíz de su aniversario, pero también, tanto más novedoso y original se nos antoja un anunciado estudio, amplio y completo, sobre el Instituto Nacional de Ciencias de la Junta, contemplándolo en el conjunto de los laboratorios e instituciones que lo conformaron. Este último trabajo ofrecerá, partiendo de los clásicos que ya ofrece nuestra historiografía, nuevos puntos de vista acerca del desarrollo de las ciencias naturales, biomédicas y físico-químicas en el marco institucional y científico de la Junta. Es tangible la prolongada ausencia de una investigación de conjunto que permitiera al Instituto Nacional de Ciencias contar con una investigación monográfica como ya tiene el Centro de Estudios Históricos. Todo ello completará los logros de un trabajo histórico que ha logrado resultados más que satisfactorios en lo que respecta al esclarecimiento del significado y la relevancia de la Junta para Ampliación de Estudios en nuestra historia contemporánea.

En conjunto, y retomando una de las propuestas que hacíamos al comienzo de este ensayo, es de esperar que el aniversario de la JAE sirva para que las investigaciones sobre esta institución y su calado histórico no se queden sólo en una celebración más o menos simbólica de su centenario. La situación ideal sería que pasados los efluvios más intensos de estos festejos pueda asegurarse una cierta continuidad a la investigación histórica. Lo que hasta aquí, incluidos los trabajos de los últimos años, se ha hecho ha sido en términos generales un camino que ha merecido la pena transitar y del que la historiografía española puede estar satisfecha. Es cierto que no todas las investigaciones han gozado de la novedad que hubiera sido de desear y que, en no pocas ocasiones, se ha insistido sobre

cuestiones ya aclaradas o cuya trascendencia sería, cuando menos, dudosa, pero la tónica general ha seguido los derroteros de la originalidad y la apertura de nuevos espacios en los que la historiografía podrá seguir aumentando el caudal de conocimiento histórico. En el horizonte más inmediato se dibujan ya algunas líneas de desarrollo historiográfico en torno a las cuales se han empezado a dar con paso certero los primeros avances en un terreno que promete ser fértil. Nos estamos refiriendo, entre otras, a las investigaciones que tienen por objeto la configuración del mundo académico y científico de la inmediata posguerra franquista. Ésta podría ser una de las líneas de trabajo en los próximos años, pues las consecuencias de la cesura que supone la guerra civil y la instalación de un nuevo régimen, auspiciador de una ignominiosa depuración del cuerpo funcional académico, se acompaña además con los esfuerzos que desde un punto de vista más general vienen registrándose en la historiografía española más reciente por sacar a la luz las repercusiones políticas y sociales del triunfo franquista.

La España de 1939 fue, en verdad, la de los campos de concentración, las cárceles concurridas de presos republicanos y el comienzo de una brutal represión político-militar. Pero el cuerpo social del país también tuvo que hacer frente, en el terreno académico, a las consecuencias derivadas de la depuración universitaria, la disolución de la Junta para Ampliación de Estudios, el exilio de un gran número de científicos e intelectuales y la configuración de un nuevo sistema científico en torno al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Este último organismo representó la puesta en marcha de una política científica que heredaba buena parte de la estructura institucional desarrollada por la JAE, pero cuyas bases ideológicas se levantaban sobre un nuevo programa intelectual que pretendía romper con el pasado republicano. El Consejo fue también el responsable de gestionar nuevos institutos de exploración científica y aspiró, en detrimento de la universidad, a un monopolio de las tareas de laboratorio e investigación. En este terreno y más allá de las principales referencias bibliográficas que hemos ofrecido en estas páginas, nos consta que existen grupos de investigación histórica e historiadores comprometidos con el desarrollo de proyectos de trabajo que pretenden explorar estos aspectos de nuestro pasado. Lo único que podemos esperar es que dichos esfuerzos se vean coronados por el éxito, pues desentrañar nuestra

herencia histórica nos ayudará a conocernos mejor a nosotros mismos. No es éste, ni mucho menos, un equipaje inútil ni tampoco constituye, como algunos colegas de profesión han osado afirmar de forma un tanto temeraria para un historiador, un pasado que no nos interesa visitar. Componendas ideológicas a un lado, lo menos que se puede y se debe exigir a nuestros historiadores es que atiendan, como es pertinente, a su oficio.